

## Poesías líricas





## UNA GOTA DE ROCÍO

*A mi amigo D. José María Ulloa*

Gota de humilde rocío  
delicada,  
sobre las aguas del río  
columpiada.

La brisa de la mañana  
blandamente,  
como lágrima temprana  
transparente,  
mece tu bello arbol  
vaporoso  
entre los rayos del sol  
cariñoso.

¿Eres, di, rico diamante  
de Golconda,  
que, en cabellera flotante  
dulce y blonda,  
trajo una Sífide indiana  
por la noche,  
y colgó en hoja liviana  
como un broche?

¿Eres lágrima perdida,  
que mujer  
olvidada y abatida  
vertió ayer?

¿Eres alma de algún niño  
que murió  
y que el materno cariño  
demandó?

¿O el gemido de expirante  
juventud,  
que traga pura y radiante  
el ataúd?

¿Eres tímida plegaria  
que alzó al viento  
una virgen solitaria  
en un convento?

¿O de amarga despedida  
el triste adiós,  
lazo de un alma partida  
¡ay!, entre dos?

Quizá tu frágil belleza,  
quizá tus dulces colores,  
tus cambiantes y pureza,  
y tu esbelta gentileza,  
tus fantásticos albores,  
son imágenes risueñas  
de contento y de ventura,  
son citas de una hermosa,  
son las tintas halagüeñas  
de alguna mañana pura.

Que acaso bella te alzaste  
entre el cantar de las aves,  
y magnífica ostentaste  
tu púrpura y oro suaves,  
y con ellos te ensalzaste;  
que acaso en cuna de flores  
viste la lumbre del día,  
y blando soplo de amores  
te llevó una noche umbría  
en sus alas de colores  
y en la rama suspendida  
de un almendro floreciente  
oíste trova perdida,  
en el perfumado ambiente  
por los ecos repetida.

Ruiseñor enamorado  
cantaba encima de ti,  
y junto al tronco arrugado  
oíste un beso robado  
a unos labios de rubí.

Misterios y colores y armonías,  
encierras en tu seno, dulce ser,  
vago reflejo de las glorias mías,  
tímida perla que naciste ayer.

Pero es tan frágil tu existencia hermosa  
y tu espléndida gala tan fugaz,  
que es un vapor tu púrpura vistosa  
que quiebra el ala de un insecto audaz.  
Mañana ¿qué será de tus encantos,  
de tus bellos matices, pobre flor?  
No habrá pesares para tí, ni llantos,  
ni más recuerdo que mi triste amor.  
Si tu vida fue un soplo de ventura,  
si reflejaste el celestial azul,  
no caigas, no, sobre esta tierra impura  
desde tu verde tronco de abedul.  
Pídele al sol que con su rayo ardiente  
disipe por los aires tu vivir,  
o a un pájaro de pluma reluciente  
que recoja en su pico tu zafir.  
Que no naciste tú para este suelo,  
para trocar en lodo tu beldad;  
tú, más baja que espíritu del cielo,  
más alta que la humana vanidad.  
Quédate ahí pendiente de tu rama,  
cual blanco mensajero de oración,  
que solo el verte la esperanza inflama  
y alienta al quebrantado corazón.  
Quizá al pasar un ángel solitario  
te cubrirá con su ala virginal...  
si caes envolverá frío sudario  
tu forma vaporosa y celestial.

## LA CAMPANA DE LA ORACIÓN

*A la memoria de mi desgraciado amigo  
don Guillermo Baylina*

Trémulo son  
vibra en el viento...

¿Es el acento  
de la oración?

¿Es que suspira  
la brisa pura  
que se retira  
por la espesura?

¿Es que cantan las aves a lo lejos  
con voz sentida al apagado sol,  
bañadas en los últimos reflejos  
de su encendido y bello tornasol?

¿Es el blando ruido de las alas  
de los genios del día y de la luz,  
que van a desplegar sus ricas galas  
a otro país de gloria y juventud?

¿Es la voz destemplada del torrente,  
que trueca su mugido bramador  
en un himno dulcísimo y doliente,  
himno de paz, de religión, de amor?

No, que esa voz misteriosa  
como el crepúsculo vaga,  
cual la niebla vaporosa,  
solitaria y melodiosa  
como la voz de una maga.

Es más que el leve murmullo  
del aura que se despide  
y besa el tierno capullo  
y un instante más le pide  
con melancólico arrullo.

Es más que el triste cantar  
de los pájaros pintados  
que contemplan admirados  
nube rojiza empañar  
del sol los rayos dorados.

Es más que la voz sonora  
que se escapa del torrente  
y en himno tímido llora  
el muerto sol de occidente,  
y aguarda el sol de la aurora.

Es más blanda y delicada  
que la confusa armonía  
del ala tornasolada  
del espíritu del día,  
en los aires agitada.

Que es la voz de la campana,  
voz de alegría y tristeza,  
de alegría en la mañana,  
triste en la noche cercana,  
sepulcro de la belleza.

Voz que, dulce y apagada,  
en la oscuridad solloza,  
o que, rica y acerada,  
corre los vientos alada  
y entre misterios se goza;  
que tal vez recuerda el alma  
despertada por su son,  
horas de plácida calma,  
en que, solitaria palma,  
florece el corazón.

Y entonces las oraciones  
de la infancia bulliciosa  
pasan en blancas visiones,  
cual aéreas ilusiones,  
por el alma pesarosa,  
y las dulces confianzas  
de solícita amistad,  
las doradas esperanzas,  
abandono y bienandanzas  
de la venturosa edad,

y las pláticas de amor  
entre flores y verdura,  
que cantaba el ruiseñor  
y embellecía el pudor  
de conturbada hermosura.

Todo en los ecos se mece  
del misterioso metal,  
pero confuso aparece  
y sin contornos se ofrece  
como vapor matinal.

Que son harto delicados  
aquellos suaves placeres  
en que yacen apiñados  
ensueños idolatrados  
con semblante de mujeres,  
porque en otro pensamiento  
se miran sobrenadar,  
y siguen su movimiento,  
cual marchan al son del viento  
las escuadras por el mar.

Pensamiento, sí, infinito,  
que vaga por el espacio,  
pensamiento de proscrito,  
en las cabañas escrito  
y en la frente del palacio.

Las músicas de la vida,  
el silencio del no ser,  
y la amarga despedida,  
y la queja dolorida  
de las hojas al caer;  
la idea consoladora  
de otro mundo de virtud,  
y la madre que nos llora  
y que, aun muertos, nos adora  
contemplando el ataúd,  
la imagen de la doncella  
que su fe nos dio al pasar,  
y que tal vez nuestra huella  
busca en moribunda estrella  
con distraído pensar;



y el ánima desatada  
que va a llamar congojosa  
a la puerta nacarada  
de la mansión perfumada,  
donde el querubín reposa;  
y dios y la majestad,  
y el son de las arpas de oro  
en la mística ciudad,  
y aquel inefable coro  
por toda una eternidad,  
ideas son que oscurecen  
las memorias infantiles,  
y ante quienes desaparecen  
y en humo se desvanecen  
los delirios juveniles.

Encumbrada en gigante campanario,  
desde allí enseño al huracán,  
soberana de un mundo solitario  
de grave y melancólico ademán.  
¿Por qué, di, tanto gozo en la mañana?  
¿Por qué al oscurecer tanto pesar?  
¿Por qué en tus ecos, lánguida campana,  
haces así mi corazón rodar?  
¡Ay!, cantas la esperanza en la alborada,  
la fe sencilla del primer amor,  
y en la noche las sombras de la nada,  
desengaños y dudas y dolor.  
Tal vez eres escala luminosa  
por do se sube a espléndida región;  
tal vez eres la senda temblorosa  
que guía al ignorado panteón.  
Paréceme en las noches más oscuras  
oír entre tus ecos de metal  
unas palabras tímidas y puras,  
perdidas en tu acento funeral.  
Palabras de abandono y confianza,  
blando perfume de inocencia y paz,  
ideas de fantástica esperanza,  
memorias de dulcísima amistad.

Memorias, sí, del malogrado amigo,  
del malogrado amigo que perdí,  
que repartía su placer conmigo,  
y descargaba su amargura en mí.

Que desplegó mi corazón de niño,  
como el alba las hojas de la flor,  
y suavizó con maternal cariño  
mis ideas de luto y de dolor.

¿Quién sabe si abandona su morada  
cuando vas a cantar la última luz,  
y, cruzando la bóveda estrellada,  
mezcla a tu son el son de su laúd?

¿Quién sabe si hay un punto en el espacio  
de entrambos mundos eternal confín,  
más alto que la cresta del palacio  
y postrer escalón del serafín?

Tú eres, campana, el punto misterioso,  
sobre la tierra levantado estás,  
y tú sin duda al celestial reposo  
del espíritu amigo servirás.

Lanza tu voz, desplégala sonora,  
pues que en ella le escucha mi pasión.  
Si es ilusión, campana bienhechora,  
¡ay!, déjame morir en mi ilusión.

Porque es triste perder al ser que amamos  
y los sueños con él perder también...,

¿para qué averiguar si deliramos?

¿Para qué razonar si obramos bien?

¡Ay!, es tan dulce al alma abandonarse  
y mecerse en memorias de placer,  
y luego melancólica lanzarse  
a buscar la esperanza en el no ser.

Que dios sin duda te colgó en el viento,  
como flor del perdido corazón,  
cual llama que el helado pensamiento  
convierte en un aroma de oración.

Tú que me traes al rayar el día  
vagos recuerdos de la bella edad,  
y por la noche pálida y umbría  
me muestras la confusa eternidad;

tú que entre sombras y tiniebla vana  
evocas una forma celestial...,  
¡bendita seas, lúgubre campana!  
¡Bendito, sí, tu acento funeral!

## LA VIOLETA

Flor deliciosa en la memoria mía,  
ven en mi triste laúd a coronar,  
y volverán las trovas de alegría  
en sus ecos tal vez a resonar.

Mezcla tu aroma a sus cansadas cuerdas;  
yo sobre ti no inclinaré mi sien,  
de miedo, pura flor, que entonces pierdas  
tu tesoro de olores y tu bien.

Yo, sin embargo, coroné mi frente  
con tu gala en las tardes del abril,  
yo te buscaba orillas de la fuente,  
yo te adoraba tímida y gentil.

Porque eras melancólica y perdida  
y era perdido y lúgubre mi amor;  
y en tí miré el emblema de mi vida  
y mi destino, solitaria flor.

Tú allí crecías olorosa y pura  
con tus moradas hojas de pesar;  
pasaba entre la yerba tu frescura  
de la fuente al confuso murmurar.

Y pasaba mi amor desconocido,  
de un arpa oscura al apagado son,  
con frívolos cantares confundido  
el himno de mi amante corazón.

Yo busqué la hermandad de la desdicha  
en tu cáliz de aroma y soledad,  
y a tu ventura asemejé mi dicha,  
y a tu prisión mi antigua libertad.

¡Cuántas meditaciones han pasado  
por mi frente mirando tu arreboll!  
¡Cuántas veces mis ojos te han dejado  
para volverse al moribundo sol!

¡Qué de consuelos a mi pena diste  
con tu calma y tu dulce lobreguez,  
cuando la mente imaginaba triste  
el negro porvenir de la vejez!

Yo me decía: “Buscaré en las flores  
seres que escuchen mi infeliz cantar,  
que mitiguen con bálsamo de olores  
las ocultas heridas del pesar”.

Y me apartaba, al alumbrar la luna,  
de ti, bañada en moribunda luz,  
adormecida en tu vistosa cuna,  
velada en tu aromático capuz”.

Y una esperanza el corazón llevaba  
pensando en tu sereno amanecer,  
y otra vez en tu cáliz divisaba  
perdidas ilusiones de placer.

Heme hoy aquí, ¡cuán otros mis cantares!  
¡Cuán otro mi pensar, mi porvenir!  
Ya no hay flores que escuchen mis pesares  
ni soledad donde poder gemir.

Lo secó todo el soplo de mi aliento,  
y naufragué con mi doliente amor  
lejos ya de la paz y del contento  
mírame aquí en el valle del dolor.

Era dulce mi pena y mi tristeza,  
tal vez moraba una ilusión detrás,  
mas la ilusión voló con su pureza,  
mis ojos ¡ay! no la verán jamás.

Hoy vuelvo a ti cual pobre viajero  
vuelve al hogar que niño le acogió,  
pero mis glorias recobrar no espero  
solo a buscar la huesa vengo yo.

Vengo a buscar mi huesa solitaria  
para dormir tranquilo junto a ti,  
ya que escuchaste un día mi plegaria,  
y un ser hermano en tu corola vi.

Ven mi tumba a adornar, triste viola  
y embalsama su oscura soledad;  
sé de su pobre césped la aureola  
con tu vaga y poética beldad.

Quizá al pasar la virgen de los valles;  
enamorada y rica en juventud,  
por las umbrosas y desiertas calles  
do yacerá escondido mi ataúd,

irá a cortar la humilde violeta  
y la pondrá en su seno con dolor,  
y llorando dirá: “¡Pobre poeta!,  
ya está callada el arpa del amor”.